

DE PORQUEROS, AGAMENONES, Y LA “COSA NUESTRA PUBLICA”.

**La democracia exige como condición necesaria el dialogo:
Abramos, pues, nuestras ventanas, empecemos a ejercitarnos en
el difícil pero oxigenador arte de poder no tener razón.**

“El ojo que ves
no es ojo porque tú lo veas,
es ojo porque te ve”

A. Machado

Algunos sucesos recientes ofrecen materia para pensar en nosotros mismo, en lo que nos está pasando. Me refiero, en particular, a la pantomima conocida como “Debate Parlamentario de los Presupuestos” y a la proliferación en el “Occidente desarrollado” de grupos filonazis: son dos síntomas del ambiente que respiramos.

La salud con que gustaba lustrarse el “consenso” está resultando ser pura ficción, si no lacerante engaño. Repetido con ritmo, bien es verdad, nos llena la boca... de trenes. Por lo visto, no llevan a ningún sitio, ni siquiera al lugar destinado a intentarlo, mediante el ejercicio que debería ser mimado como el más político de todos los ejercicios: el de hablar. El Parlamento se ha encogido hasta quedar reducido a cámara de contar votos, mayorías y minorías —que ni siquiera dineros públicos—. ¿Cuál es el origen de este jíbaro arte reductor de las cabezas a pequeños ábacos? Lo cierto es que nuestra moderna razón nació con una calculadora bajo el brazo; quizá de ahí derive su extremada habilidad en contabilidades. El peligro que ello entraña es el de que la Cámara se anquilese en cámara mortuoria, y la “cosa pública” en cámara frigorífica, de las que, espantada, haya huido la vitalidad que el diálogo contagia a la razón, hasta el extremo de que la presencia, en Madrid, de grupos filonazis sea considerada por algún alto cargo de nuestro Gobierno como mero asunto de “orden público”¹, esto es, de sumas y restas, de más o menos policías. Ya va siendo hora de que despertemos y nos percatemos de que nuestro mundo asiste al desquiciamiento de la razón omniabarcadora que, en un ejercicio soberbio de vaciamiento, se enseñorea de cuanto toca. *Esta razón*, a pesar de su griterío, *no posee su razón de ser: ése es su drama y el nuestro.*

España no huele a pueblo, como dice una canción; su olor es otro: una fetidez mezcla de miasmas, que nos urge aprender a distinguir. Cada día es más extenso el tufo a coto privado que despide nuestro trato con lo común: contaminamos, pi-

1.- Según cuenta Pedro J. Ramírez: “El fascismo que viene” en *El Mundo*, domingo, 17-11-91,

soteamos, degradamos, desvirtuamos, sin reparo alguno, convencidos de que estamos legitimados para hacerlo, como si pasásemos por nuestro cortijo, olvidando que es quiñón que entre todos cultivamos. Debido al cerrojazo con el que acotamos nuestra vida, ésta empieza a oler a naftalina y a cortinas echadas, a encajes en las butacas y a retrato de boda colgado en la pared. A gritos está pidiendo ventilación, aireación, inspiración: abramos, pues, nuestras ventanas, empecemos a ejercitarnos en el difícil, pero oxigenador, arte de poder no tener razón, no para renunciar a ella, muy al contrario: para evitar que expire, víctima de una leucemización galopante. Pues es urgente tomar conciencia de que si la razón no se revitaliza por interpelación dialéctica, si no se oxigena con la inspiración de interlocutor, bien puede ocurrir que, ofuscada por el aislamiento, confunda la vitalidad perdida con el arrebató violento, en el que el vacío de la masificación que nos va conformando se activa en una explosión universal de destrucción y odio. De ahí, claro está, la gran responsabilidad que tienen los gobernantes de hacerse expertos en perfumes.

Pecaríamos de cándidos si no contáramos con la posibilidad de que lo dicho sea apartado con la misma despreocupación, si no menor, con la que, a manotazos, sacudimos la caspa de los hombros. Más aun, de sobra sabemos que es presa fácil de la expeditiva técnica, cada vez más extendida, de la interpretación venenosa, especializada en descalificar todo lo que no entona el himno imperante mediante el consabido diagnóstico de no ser más que salmodia nostálgica de antañonas fidelidades sospechosas: esa forma "cortés" del juicio sumarísimo tan en boga entre nosotros desde hace algunos años. Si éste fuera el caso, al autismo y a la leucimización, habría que añadirles una ceguera muy negra, como la tiniebla en la que nuestra vida se baña.

Por ello, empecemos nosotros subrayando las palabras que aquel maestro de retórica no menos entrañable que lúcido dirigió a sus alumnos, entre 1934 y 1936: "Para los tiempos que vienen hay que estar seguros de algo. Porque han de ser tiempos de lucha, y habréis de **tomar partido**. ¡Ah! ¿Sabéis vosotros lo que esto significa. Por de pronto, **renunciar a las razones que pudieran tener vuestros adversarios**, lo que os obliga a estar doblemente seguros de las vuestras. Y eso es mucho más difícil de lo que parece. La razón humana no es hija, como algunos creen, de las disputas entre los hombres, sino del diálogo amoroso en que se busca la comunión por el intelecto en verdades, absolutas o relativas, pero que, en el peor caso, son independientes del humor individual. **Tomar partido es no sólo renunciar, en suma, a las razones de vuestros adversarios, sino también a las vuestras, abolir el diálogo, renunciar a la razón humana**. Si lo miráis despacio, comprenderéis el arduo problema de vuestro porvenir: **habéis de retroceder a la barbarie, cargados de razón**". La alternativa es meridiana: o abrimos las ventanas del diálogo, aun a riesgo de pillarnos algún que otro catarro, o corremos el riesgo de que la casa, por excesiva acumulación de gases, estalle por los aires: el conflicto es inevitable; hay que abrirle espitas.

En conclusión, si de contable no se convierte la razón en amorosa buscadora de la verdad, esto es, si no se deja inspirar por el parlamento del interlocutor, a no tardar muchos años ni siquiera dispondremos de las palabras justas para tejer la elegía que su agonía por asfixia ya demanda. El otro no está ahí para asentir cual comparsa nuestro, sino **para interpelarnos desde su altura**, porque —como escribiera Franz Rosenzweig— no es unas simples orejas, **sino también una boca**, una boca que suplica y ordena, una boca cuya primera palabra, "¡No matarás!" o "¡No me dejarás morir!", es —como subraya Emmanuel Lévinas— la fuente de todo discurso, de todo sentido.

Por consiguiente, o superamos nuestras inercias y rompemos las observancias cerriles, estrechas y miopes —incapaces de siquiera sospechar que el interlocutor pueda que no sea irracional del todo—, o la atrofia del habla degenerará en estertor de la razón. Y hay que hacerlo, y **hacerlo ya**, pues, de lo contrario, retrocederemos a la barbarie-aunque, eso sí, cargados de razón—. (Al parecer este convencimiento —patente en el inhabitual alto índice de votos: un 80% —evitó que el candidato Davis Duke, de claras tendencias racistas, llegara al poder en el estado de Luisiana).

Volviendo, para terminar, al maestro cuyos donaires y sentencias nos trasmite Antonio Machado, continúe cada cual, por su cuenta, el siguiente diálogo:

"La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero.

Agamenón.- Conforme.

El porquero.- No me convence".

Dicho en román paladino, si no nos convertimos en Agamenón, nuestra vida, tanto pública como privada, será una porquería —lo dijo Juan de Mairena—.

Jesús María Ayuso.
Catedrático de Bachillerato
Del I.E.M.